

CARLOS VAZ FERREIRA Y LA CULTURA URUGUAYA

En un libro transparente y bello como un cristal encontré, cierta vez, una frase con la clave de la más honda alegría que en este mundo se me ha dado –entre los árboles, las llamas, el mar y las caras maravillosas–. La frase dice así: “¡Dichoso aquel que ha conocido Maestro!”

En tales palabras pienso siempre que recuerdo a Carlos Vaz Ferreira; y en este vivo día en que la primavera se asoma entre un aire que ya es fragante y estremecido; cuando sé que he de decir algo de lo que me he propuesto, en esta misma sala en que durante tantos años el Maestro nos hizo vivir la hora intensísima de aquellos inolvidables viernes; hora después de la cual salíamos a las calles con el corazón más claro, envueltos en un aire de silencio y de música inenarrables, y con una crecida capacidad para sentir, comprender, perdonar. Quizás le habíamos oído las palabras como aquellas que una vez dijo, tan en su tono y de las que no nos olvidaremos nunca:

“Confianza en las soluciones de libertad, y en las soluciones de piedad”.

. . . Quizás habíamos descubierto aun más y más en profundidad, como seguimos descubriendo aún cada día, las calidades de esta presencia fina y delicada de Maestro, siempre sostenida y siempre fiel a sí misma.

Quizás al salir de aquel aire lleno de encanto, después de sentir la honda mirada y los hondos silencios de Vaz Ferreira, después de oírle cosas profundas que en ese lenguaje tan personal, tan tranquilo y tan lleno de claridades se hacían sencillas, al volver a lo más hondo de nosotros mismos percibíamos que lo que se nos había dicho era complejo, profundo, difícil. Que todo ello tocaba a los más quemadores misterios del ser.

A través de los años esta percepción tan extraña de la distancia entre la clara sencillez de expresión y la profundidad devorante de los problemas, en la tenaz prédica de Vaz Ferreira, se nos ha ido revelando como uno de los milagros más extraordinarios del Maestro, semejante a aquel milagro de Arte, cuya gracia se pierde a veces en una niebla fina para los que no están viviendo en su secreto, el milagro de la “claridad difícil”.

Esta lección viva de Pedagogía, este ejemplo resplandeciente de lo que debe ser un Maestro, señala seguramente uno de los aportes más originales y trascendentes que la vida y la obra de Vaz Ferreira traen a la Cultura Uruguaya. En fundamentales trabajos de doctrina pedagógica expone ideas básicas sobre esta ciencia cuya relación con la cultura es viva y complejísima: ideas que significan, en tono y dirección de la Enseñanza de nuestro país, un aire nuevo purificador, de libertad, de inteligencia y de gracia. Pero junto a esta obra, junto a la doctrina, al libro, la presencia de Vaz Ferreira significa la mejor lección: da la pauta de lo que debe ser un Maestro; nos hace posible

aprender lo que es la acción de presencia: enseña cuál es la actitud, cuál la calidad, el gesto fino, el **modo** de comunicación.

Puede medirse la trascendencia de su acción en la Pedagogía del país sintiendo como una de sus condiciones fundamentales este **heroísmo** por el cual el verdadero Maestro lleva los procesos más entrañables de pensamiento a una expresión sencilla, clara, ordenada a veces como siguiendo las líneas de la composición musical. Comparando la expresión de Vaz Ferreira con la literatura de la época, con los modos de expresión y con la didáctica de la época, se le ve renunciando a las formas hechas, renunciando al énfasis amanerado, renunciando a todo lo que no sea la honrada expresión desnuda de su pensamiento; renunciando a todo lo que no sea este generoso dialogar con sus interlocutores, con los que establece súbitamente una comunicación inolvidable, profunda y tierna, sin la cual no puede haber misión de Maestro. Dentro de ese correr tranquilo, seguro y emocionado, de la expresión, a través de las conferencias, del libro, de la presencia sugeridora, algo sorprendente llama la atención de inmediato en el decir del filósofo; y es también digno de heroicidad este acento, el de la insistencia, que nunca es monotonía, sino que se puede valorizar según dos líneas esenciales: **valor didáctico de esta insistencia** y **valor musical de esta insistencia**, por lo que ella significa en la composición general de la obra. Podría también valorizarse de otros muchos modos. Señalaremos hoy tan sólo este otro, importante y aleccionador: valor de esta insistencia en temas y expresiones de Carlos Vaz Ferreira desde el punto de vista moral, al que Kiekegaard aludió al decir aquellas profundas frases en las que conviene meditar: “El que no sabe repetir es un esteta. El que repite sin entusiasmo es un filisteo. Sólo el que sabe repetir con entusiasmo renovado constantemente es un hombre”. Tal es la lección pedagógica y moral de Vaz Ferreira, que frente a nosotros no deja nunca impresión de inercia – horrible e inmoral traba de la Pedagogía, de la creación artística, de la vida misma – sino que da siempre la lección de santo entusiasmo y de creación sostenida, como si cada palabra fuera creada de veras por él mismo, y siempre recién nacida, buscada y dicha según un tono de fidelidad que podría sernos ejemplo vivo de una Moral de la Expresión.

Quien tiene tal capacidad de Maestro, tal destino de Maestro, ha de entregarse totalmente a los problemas de Enseñanza a través de larguísimos años; es en la Cátedra de Filosofía, es en la Cátedra de Conferencias, es en el Consejo de Enseñanza, es en los libros en que los problemas pedagógicos son estudiados con libertad y amor.

La influencia de Carlos Vaz Ferreira en la Cultura Pedagógica y en el proceso de la Enseñanza de nuestro país es profunda y extensa, y podría estudiarse detalladamente en larga monografía interesantísima: resplandecerían en ella los momentos en que Vaz Ferreira ha rectificado los malos sistemas pedagógicos, oponiendo al modo reglado el modo libre o penetrable; haciendo apasionada crítica del simplismo en Pedagogía, combatiendo las absurdas clasificaciones, el examinismo, lo libresco, luchando quijotesicamente por realizar sus bellos “Parques Escolares” . . .

En ningún momento esa influencia ha dejado de ejercerse. Se la siente como una égida; y es a ella, seguramente, que se debe la reacción tan íntima que sentimos cuando son violentados por algún extraño advenedizo los principios fundamentales que nuestra Enseñanza debe a la prédica tenaz del Maestro: cuando los ideales por los que ha luchado con heroica firmeza se ven amenazados por quienes permanecen sordos y ciegos, que siempre los hay; cuando alguna circunstancia aviesa quiere quebrantarnos

las conquistas amadas que aquella prédica logró a través de años. Esta conciencia general con respecto a los problemas de Enseñanza, esta defensa de ciertos ideales, esta fidelidad a algunas adquisiciones que se han conseguido a partir de la prédica del Maestro, son la mejor prueba de su acción permanente, de su fuerza poderosa que – aunque a veces oculta – polariza los hechos fundamentales en lo que se refiere a la Cultura Pedagógica del país. Pero esta acción tiene sus hondas raíces en las vinculaciones del pensamiento y obra de Vaz Ferreira con todos los aspectos de la Cultura; y puede decirse que ninguna zona de pensamiento y de acción han sido ajenas a su influjo.

Es particularmente original, fecunda y emocionante esta influencia en lo que concierne a los problemas morales, y a las relaciones finísimas de la Moral con la Cultura y con la Acción. Y quien conoce las insistentes y vivas prédicas de Vaz Ferreira sobre este aspecto, no puede dudar de que, efectivamente, ha de ser distinto a otros países, un país en el que un hombre diga lo siguiente, que aparece en “Fermentario”:

“Crear saber sólo lo que se sabe; dudar de lo dudoso; saber que no se sabe o que se sabe mal en su caso, etc. (sinceros hasta con nuestros ideales y hasta con nuestras esperanzas) no sólo es lo más verdadero – en verdad subjetiva, en sinceridad interior – sino que es pragmáticamente lo mejor (a pesar de cierta apariencia lógica). Hay que ahondar para explicarse por qué esos hombres tienden a ser más buenos y más morales de hecho – aún sin el temor, aún sin la esperanza concreta.”

Tal una de las claves fundamentales para sentir bien y entender otro de los aportes trascendentales del Maestro a la Cultura del país. Hay una moral del Pensamiento, hay una moral de la Razón: esta idea viva informa la obra de Vaz Ferreira desde aquel libro ejemplar, que debería leerse como sostenido texto en nuestras aulas, no sólo de Enseñanza Primaria y Secundaria sino en las horas de aprendizaje técnico dentro de las Facultades – aquel bello libro, puerta abierta de ejercicios serios y fecundos en la elaboración de la conciencia profesional – me refiero a “Moral para Intelectuales” – desde el nivel del cual aparece esa idea de que hay una interferencia necesaria entre la Moral y la Inteligencia. Y esta afirmación original, que aparece en toda la vida y todo el pensamiento del filósofo, es uno de los conceptos más enriquecedores de nuestra formación; un acontecimiento verdadero en la vida espiritual de nuestro país y de toda América Latina.

Rafael Barret, con ese entendimiento y libertad que lo hacían adueñarse de lo mejor de los seres y del acontecer, decía ya en su libro “Al margen” glosando este aspecto extraordinario de Vaz Ferreira: “Hay en las cosas de la inteligencia una moral también, y Vaz Ferreira la lleva hasta el ascetismo”.

“Lo veréis constantemente ocupado en destruir sofismas, en distinguir lo complementario de lo contradictorio, en reducir las exageraciones, en aventar las falsas simplificaciones, en redondear, limar los ángulos que forman nuestras secas rectas mentales al buscar la curva misteriosa de la vida, en aclarar lo confuso, y esfumar lo equivocadamente aclarado, en restablecer nuestra certeza, y nuestra duda allí donde la olvidábamos” . . .

En todo este trabajo terco, apasionado, lleno de heroísmo silencioso de vigili-
ardientes, Vaz Ferreira ha enseñado continuamente, como ningún pensador, las
interferencias entre la Inteligencia y la Vida Moral.

Pero aún ha de enseñarnos algo más, igualmente extraño y maravilloso. Y es
cuando nos dice:

“Y es que libres, la Razón y la Afectividad se conservan más sensibles; crece en
lugar de embotarse su sensibilidad, desde luego para la verdad, que ya comprende
justicia y bondad, y directamente para la bondad misma.”

“La libertad de todas las funciones espirituales es la que mantiene su
sensibilidad”.

En “Fermentario”, dice en un bello capítulo que se llama “Falsas antítesis en lo
Moral”:

“Para una creencia corriente, entre pensamiento y sentimiento hay antítesis o
incompatibilidad psicológica. Nada más inexacto: de hecho, psicológicamente no existe
tal antítesis. Existen personas en que el pensamiento es más fuerte que el sentimiento –
y personas en que el sentimiento es más fuerte que el pensamiento – personas en que
uno y otro son débiles – personas en que uno y otro son fuertes. Pero el hecho real en
psicología y en vida bien observadas es que la razón que se tenga tiende a reforzar y no
a disminuir el sentimiento que se tenga”.

Y con este buen sentido, profundo sentido de la realidad, viene a rectificar con
naturalidad, uno de los conceptos corrientes, y particularmente corrientes en la Época
Romántica.

Así nos encontramos la raíz de la unidad que hace viva toda la obra de Vaz
Ferreira y que ha salvado a nuestra Cultura de los terribles riesgos del positivismo, del
intelectualismo, de los elementos negativos del siglo XIX. Venía Vaz Ferreira de Stuart
Mill, venía de Spencer, venía de Ribot. Por una intuición genial, por una vocación
particularísima –por Providencia– se hace capaz de libertarse de las limitaciones de su
propia formación, y a la vez, de libertarnos de todos esos antecedentes. Adelantándose
prodigiosamente al tiempo, se coloca en el camino de este nuevo Humanismo en que
todas las fuerzas del ser viven armoniosamente, y crean, y descubren y dicen su
dramático conflicto o su dramática búsqueda de un equilibrio difícil y maravilloso: se
adelanta, en realidad a la filosofía de este siglo: nos hace capaces de comprender las
ideas de Max Scheller, el concepto de cultura como “categoría del ser y no del saber”;
nos hace capaces de sentir las posibilidades que para una nueva cultura y una nueva
vida del mundo se vislumbran en este Humanismo de hoy, tan distante del Humanismo
en que se formó el siglo pasado, y que Maritain estudió bien a través de su período
clásico, burgués y revolucionario, contraponiéndole su concepto de Humanismo
integral, segura clave de un Nuevo Orden.

En la obra de Vaz Ferreira nos encontramos siempre con hecho aleccionador y
precioso: la Razón y la Sensibilidad juntas, en una unión fiel al más profundo misterio
ontológico. Y entonces; ¡qué lejos estamos de libros, vidas y sistemas trabajados con la
Razón, o con la Sensibilidad, o con una Voluntad que se separa de las otras potencias

del ser! ¡Y cómo sorprende siempre, y además, considerada en su momento de aparición, esta doctrina viva, este ejemplo vivo de una Razón que no se separa de la Naturaleza, que no se separa del hombre integral, que no se aleja de su verdadero y misterioso origen!

La aparición del pensamiento de Vaz Ferreira en su época, estudiado el clima que antecede y rodea toda esta obra, puede así considerarse como verdadero milagro.

Aquellas “razones del corazón que la razón no conoce” que aparecían como una misteriosa afirmación equivalente a la afirmación romántica, aquí se integran oscuramente y lúcidamente, y viven contenidas en una concepción plena de la unidad creadora, lo que permite esta asociación de términos que en las formas de vida y Pensamiento aparecen casi siempre separados y hasta como una antinomia irreductible.

Cuando Vaz Ferreira dice: “La libertad de todas las funciones intelectuales es la que mantiene su sensibilidad” da el consejo fundamental, y además la línea de calidad alrededor de la cual lo mejor de nuestra cultura ha de desarrollarse.

Venía de Ribot, de Spencer, de Stuart Mill: pero nos hizo capaces de sentir a Bergson y a James. Y los que saben qué trascendencia ha tenido en nuestra cultura la obra de Bergson – sobre todo – pueden valorizar bien lo que nuestra formación Vaz Ferreiriana influyó para que sintiésemos y comprendiésemos la filosofía del autor de “La evolución creadora”, que significó – en su momento – el mejor camino para liberarnos.

Y es que Vaz Ferreira, con esa penetración original, buscaba lo profundo, lo más libre, lo que más tiene que ver con la verdad del alma.

A comienzo del siglo, y cuando él iniciaba su labor docente, la cultura precaria del país estaba orientada hacia los filósofos spencerianos, o hacia el realismo francés, o hacia un intelectualismo y un convencionalismo de mal gusto que aparecen claramente en la Literatura de la época. Vaz Ferreira comenta desde su Cátedra las grandes obras que tendrán después una influencia definitiva sobre nosotros: enseñará a leer y comentará con aguda penetración, con libertad, con temblor, a Nietzsche, a Unamuno, a James, a Poe, a Whitman, Proust, Tolstoi. . .

La cultura del país se va así polarizando en un sentido vivo, y **según calidades**. Al orientarse de esta manera, tendrá una valorización creciente del sentimiento, de la psicología profunda, de lo conflictual; se libertará del mal gusto, de la banalidad, de la frivolidad.

Vaz Ferreira enseña a valorizar las obras de Arte partiendo de aquella sabia y feliz formulación en la que establece la necesidad de juzgar las obras con independencia de épocas – **bueno o malo no viejo o nuevo** –; habla del **sentidor de Arte** relacionando este término con una experiencia total, que requiere sobre todo el ejercicio y afinamiento de la sensibilidad y de la experiencia; insiste en el término sabiendo su penetrante poder de sugestión; y hace posible una a la vez tranquila y sensible acogida a las formas de Arte – de modo que nada nuevo, siendo unilateral, pueda imponerse.

Puede decirse también que la influencia de Vaz Ferreira en el proceso de Cultura Musical del país ha sido enorme. **Enseñó** de la única manera posible, a amar y sentir la música – por la única vía – la vía de experiencia, con una fineza y una sabiduría que lo hizo siempre eludir los métodos de información, de erudición, de referencias técnicas, o el horrible riesgo de las explicaciones literarias. Así sigue enseñando . . . Y todos los sentidores saben cómo está el núcleo fundamental de la verdadera cultura musical del país en aquella sala de Atahualpa – por cuyas ventanas asoman los árboles, los cielos, las glicinas de una quinta inolvidable, y donde el Maestro, desde hace tantos años, con fina generosidad, enseña esta experiencia de oír, con su actitud, con el buen gusto de su sensibilidad, con sus grandes silencios emocionantes. (Habéis visto alguna vez aquel delicado apunte de Vaz Ferreira músico, hecho por nuestro gran pintor José Cúneo, y que aparece en páginas graves y graciosas del Boletín de “Teseo”? . . .).

Cuando se hace el estudio comparativo de la cultura de nuestro país con la de otros países latino-americanos se percibe una diferencia significativa. Yo no dudo que ella se debe a esta educación del gusto a la que se aplicó Vaz Ferreira tantos años, desde su Cátedra, sus libros, su ejemplo y su acción de presencia.

Interferencia de la Razón y la Sensibilidad, interferencia de la Inteligencia y la Moral: estos son los ejes de la “Lógica Viva” desde la que Vaz Ferreira nos ha enseñado a mirar el mundo.

No sabemos de cuantas cosas nos ha salvado esta enseñanza; ni la perspectiva del tiempo es suficiente para establecerlo todavía; ni el asunto se presta mucho para precisiones fáciles y rápidas. Pero una intuición segura nos dice, en lo hondo, que también ejerce su tutela en nuestros actos, pensamientos y palabras, la advertencia singular de Vaz Ferreira desde su “Lógica viva”.

“Así como los cirujanos no emprenden una operación sin desinfectar previamente los útiles que se proponen usar, así nadie debería empezar un raciocinio sin haber dejado de antemano todas las palabras que va a emplear completamente asépticas de equívocos. . .”

Esta advertencia, que está tocando problemas tan complejos, que será tan difícil seguir y cuya realidad se vincula al heroísmo, está dicha por Vaz Ferreira con un tono humilde y sosegado, con una gran sencillez, bajo la cual se esconden, el heroísmo más difícil y la austeridad más vigilante.

Cuando Barret glosa estos pasajes dice:

“Noble afán de limpieza, castidad científica que no se guarda sin dolor, tan oscuro y mal comprendido es el trabajo a que obliga, tan numerosos son los sueños, las metáforas, las teorías, las obras que el pensador ha de amputar de su espíritu, y arrojar de sí, con un heroico “esto no sirve”. Renunciar al “efecto”, a la fácil originalidad, “hacer reservas a las doctrinas en boga, resignándose a pasar por incomprensivo y después a no tener ningún mérito, por haber tenido razón”. Limitar su público y sacrificar la gloria a la pulcritud del talento. . . ¿no es bastante? Y además constreñirse a la modestia, a la auténtica, no la que miente para obtener la limosna de una rectificación, sino la que nos pesa con la balanza con que pesamos al prójimo, y nos da por lo que somos. Y además aceptar la tortura continua de nuestras vacilaciones, de

nuestros escrúpulos, del remordimiento que según la justa frase de Vaz Ferreira, sólo es sentido por las personas honradas.”

“Y por último verse forzado a herir al genio. . . Tal vez tocamos ahora –añade Barret– lo más penoso, cuando Vaz Ferreira, cumpliendo con su deber, corrige a James, a Bergson, a Guyau. . . su admiración calla pero la oímos suspirar.”

“Porque este formidable crítico está lleno de amor. Es incapaz de ironía, incapaz de desprecio.”

Vaz Ferreira ha estudiado con una claridad maravillosa, en su libro “Lógica Viva”, las falacias más comunes del hombre, y nos ha prevenido acerca de ellas. Esta prevención nos defiende inmensamente, y con ellas nos libramos a veces, aunque los riesgos son inmensos. Tendemos a salvarnos, estamos avisados; los términos de la advertencia se han incorporado a nuestro lenguaje, a nuestro pensamiento, casi a nuestro instinto. Tenemos una particular sensibilidad frente a estas falacias. Y esta sensibilidad ha venido a enriquecer y a poner en su punto a nuestro sentido crítico.

En la “Lógica Viva” Vaz Ferreira nos ha dado otra vez la noción de cuál ha de ser la verdadera presencia de la Razón. No está lejos de aquel emocionante comentario a propósito de Unamuno en “Fermentario”: “Unamuno, que exalta el quijotismo y desprecia la Razón, no comprende el supremo quijotismo de la Razón”. Más tarde se dice en el mismo libro: “El verdadero pensamiento, el legítimo, que no tiene nada que ver con el eclecticismo, pero que superficialmente se confunde con él, consiste en pensar **directamente**, de nuevo, y siempre en la realidad, aunque aprovechando en lo que corresponda la experiencia de los aciertos y equivocaciones de lo ya pasado”.

Pensar **directamente**. Esto señala la “Lógica Viva”. Esto enseñó Vaz Ferreira en nuestro país, en una época en que gravitaban sobre nosotros todos los prejuicios de la Escuela Romántica sobre la Razón, todo el horror a la realidad. La libertad, la duda heroica y no sistemática, confundida a veces con el eclecticismo, el ejercicio de pensar directamente, han servido de una manera esencial al desarrollo de nuestra cultura, porque no puede haber cultura donde no haya posibilidad de pensar **directamente**, donde no haya una posibilidad de duda, de conflicto, y hasta de esa noción de términos que Alberto Zum Felde señala en Vaz Ferreira como “la estoica conciencia del límite de nuestro conocimiento intelectual”.

“Lógica Viva” – gran acontecimiento en la Bibliografía Filosófica – comienza con estas frases, en el prólogo de la edición de 1909: “Tengo un proyecto de libro que será positivamente útil si pudiera concluirlo algún día, y si en la realización se aproximara al ideal que concibo. Sería un estudio de la manera cómo los hombres piensan, discuten, aciertan o se equivocan, sobre todo de las maneras cómo se equivocan: pero de hecho, un análisis de las confusiones más comunes, de los paralogismos más frecuentes en la práctica, tales como son, no tales como serían si los procesos psicológicos fueran superponibles a sus esquemas verbales. No una Lógica entonces sino una Psico-Lógica. Sencillamente un libro (que sería, si se requiere, la 2ª parte de cualquier tratado de Lógica de los comunes) con muchos ejemplos tomados no sólo de la ciencia sino de la vida corriente, de las discusiones diarias; destinado, no a demostrar o a aplicar ninguna doctrina sistemática, sino sólo al fin positivamente práctico de que una persona cualquiera, después de leído ese libro, fuera algo más capaz

que antes de razonar bien, por una parte, y más capaz, por otra, de evitar algunos errores o confusiones que antes no hubiera evitado o hubiera evitado con menos facilidad.”

“Tal como lo concibo, el libro no necesitará tener composición sistemática. Más, en realidad lo considero indefinido, o mejor, lo que concibo no es un libro, sino un tipo de libros que podrán escribirse en número indefinido, porque su materia es inagotable y siempre serían iguales.”

Y agrega, a la altura del Prólogo: “Observaciones de orden teórico concernientes a las relaciones de la Psicología y la Lógica, del Pensamiento y el Lenguaje, destinadas a corregir los conceptos falsos que el esquematismo de la Lógica ha originado. Esto es algo que hoy flota en el ambiente. Quizás se está efectuando actualmente (y no la sentimos porque estamos en ella) la revolución o evolución más grande en la historia intelectual humana, más trascendental que cualquier transformación científica o artística, porque se trata de algo aún más nuevo y más general que todo eso: del cambio en el modo de pensar de la Humanidad, por independizarse ésta de las palabras”. . .

“Y no la sentimos porque estamos en ella”. . .

La influencia de esta Lógica Viva es enorme en el ambiente del país: algo que está en el aire, que flota en el ambiente, que aparece en el lenguaje de los hombres de ciencia, o de política, probablemente en la mayor parte, sin que ellos tengan conciencia del fenómeno de este cambio en el proceso del pensamiento, de esta nueva relación viva entre la Lógica, la Psicología y el Lenguaje. . . No podemos medir las proyecciones que esta enseñanza alcanzará cuando, además de sentirse como una vaga influencia ambiente, se haya incorporado a la conciencia lúcida de los que sin saberlo piensan ya según los vivos caminos de la Lógica Viva Vaz Ferrerista.

Duda heroica, otra vez Pasión de la Inteligencia. Crucifixión de la Lógica Viva . . . **Pensar directamente** y, siempre en la realidad, y sabemos ya, la trascendencia que esto ha tenido en la vida espiritual de estas generaciones, sobre las que Vaz Ferreira ha ejercido su Acción Liberadora.

El dice en “Fermentario”: “Según algunos, enseñar a pensar bien, y por consiguiente lo mejor posible, examinando las ventajas e inconvenientes de las diversas soluciones, es enseñar a vacilar.”

“Un práctico enseña a navegar.”

“Hay arrecifes a la derecha, por consiguiente hay que tomar a la izquierda. Hay bancos a la izquierda: en ese caso hay que tomar a la derecha. Hay bajante: hay que detenerse. En ciertas épocas hay corrientes aquí o allá, hay que tenerlas en cuenta. Y entonces se diría: ‘Inhibe usted todas las soluciones. No permite ir a la derecha, no permite ir a la izquierda. Hasta hace parar, hace pensar demasiadas cosas, enseña a vacilar’. No, sino a entrar en el puerto.”

Ya en 1897 en el Prólogo de su “Curso Expositivo de Psicología elemental” había dicho: “Al escribir la parte de Psicología refiriéndome al exclusivismo doctrinario del texto de Filosofía de nuestra Universidad, me he propuesto evitar esos males que antes he señalado. Sin embargo, el método que he seguido, método principalmente

expositivo, estrictamente imparcial, que concede un lugar a todas las teorías importantes aun a riesgo de dejar gran número de cuestiones sin solución definitiva, podría prestarse a una objeción. Ese método, se dirá quizás, debe conducir forzosamente a la duda y el escepticismo. Es difícil responder a esa objeción. Debe responderse, en primer lugar, que las ciencias filosóficas, y en nuestro caso la Psicología, no se componen exclusivamente de hipótesis y discusiones; que hay en ellas hechos y leyes aunque en menor número que en otras ciencias, y que en ese terreno sólido, por reducido que sea, puede apoyarse la creencia sobre el acuerdo de todos o casi todos los autores. Y debe responderse en seguida que en cuanto a lo demás, en cuanto a las hipótesis y discusiones restantes, esa duda que se teme es precisamente un bien, y no un mal, porque es el estado de espíritu más natural, más legítimo y también más fecundo cuando lo que se examina son, simplemente, interpretaciones más o menos inseguras y teorías más o menos inverosímiles. ¿Puede considerarse razonable tratar de producir la convicción dogmáticamente en el espíritu de los estudiantes sobre puntos que no han sido aclarados definitivamente por la controversia de los psicólogos? Por mi parte he visto siempre (¿por qué no decirlo?) cierta falta de honradez intelectual en los que así proceden.”

Y refiriéndose a la necesidad de que el Profesor dé una clasificación de interrogaciones y deje los problemas abiertos:

“A mi juicio la enseñanza misma del profesor debe estar inspirada en idéntico estado de espíritu, y sus lecciones lejos de tener por objeto producir en las inteligencias a que se dirigen el predominio exclusivo de ciertas ideas, deben al contrario penetrarse constantemente de la más sincera imparcialidad y de la más amplia tolerancia.”

El resultado de la Lógica Viva, de la rectificación de los paralogismos, de la vigilancia estricta sobre las falacias a que nos sentimos inclinados por una inercia en la que vicios de formación tienen mucho que ver, se puede percibir y aquilatar en la obra total de Vaz Ferreira, que sentimos como particularmente **afirmativa**, después de la duda heroica, después de la asepsia, de las rectificaciones y de la eliminación cuidadosa de todo aquello que pueda estorbar para pensar con libertad, y directamente. El planteamiento de los problemas en “La propiedad de la Tierra” o en “Problemas Sociales” o en el extraordinario libro que se llama “Los problemas de la Libertad”, sería la mejor prueba de aplicación feliz de una Lógica Viva: **revisión libre de los problemas, solución concreta, seguridad y equilibrio en su planteo. Afirmativo y real** cuando dice en “La propiedad de la Tierra”: “El derecho de habitar, derecho de estar cada individuo en su planeta y su nación, sin precio ni permiso, es el mínimum derecho humano, derecho que no ha sido reconocido ni bien establecido a causa principalmente de que tanto los que defienden como los que combaten el orden económico actual no distinguen bien el aspecto de la tierra como medio de habitación, de su aspecto como medio de producción.”

Afirmativo y realista, cuando con una independencia ejemplar dice a propósito de “Los problemas de la libertad” la necesidad de repensar la cuestión, excluyendo de su planteo clásico las falacias que han obstaculizado su buen desarrollo.

Afirmativo y realista en su estudio sobre el “Pragmatismo”. **Afirmativo** hasta la más emocionante y penetradora insistencia en las bellas páginas de “Moral para Intelectuales”.

Y así lo es, antes y siempre, la vida toda de Vaz Ferreira, íntimamente unida a su obra, y en la que encontramos una línea firme y segura.

Su acción ejemplarizante sobre la vida del País, es continua, sintiéndose siempre como fuerza oculta, pero sobre todo, de manera singular, encendida, en los momentos en que ha sido necesaria la protesta ante la injusticia o la opresión. La voz o el gesto de Vaz Ferreira, en circunstancias tales, ha sido siempre **la más profundamente sentida**; su gesto ha sido siempre libre y elegante; y así como – sin alarde – ha sostenido, con su adhesión austera, a los valores puros del país, así también **sin alarde** y con **una valentía mantenida en niveles inalterables de calidad y nobleza**, ha representado a la cultura del Uruguay en los momentos álgidos y difíciles de la acción.

Puede darse como bello ejemplo – entre varios fundamentales, inolvidables, de que es rica la vida de Vaz Ferreira – su actitud en los días de la deportación de Unamuno, por el año 1924.

Decía el telegrama redactado por el Maestro, cuyo facsímil guardo amorosamente en la colección de “Teseo”, y que está dirigido con un acento de valentía y dignidad ejemplar al Directorio Militar de España.

Al Directorio Militar de España.

(Proyecto de Telegrama).

“Cerrar Ateneos, desterrar a Unamuno, es decisivo. Todos los países de América seremos Ateneos. Todos los escritores de América hablaremos por Unamuno. Los hijos americanos de España, que la amamos tanto, exhortamos a Vds. a que reaccionen o dimitan, no por España, que siempre sabrá salvarse, sino por Vds., a quienes en este momento **los toma la historia y no tendrán más salvación.**”

¿No es este texto un signo edificante de la dirección de la cultura de un país? Y el signo de cómo trascienden a la Acción, el pensamiento y la sensibilidad ejercitados en austera disciplina de Lógica y Moral vivas?

Pero no sólo trasciende este ejercicio a la Acción Social, ni a las consideraciones o actitudes que tienen que ver con la Moral Social o Política. Los resultados de esa afinada armonía de pensamiento y sensibilidad, fieles a su origen profundo, **y siempre en la realidad**, llevan el acento de Vaz Ferreira a zonas de una caridad y una libertad aleccionadora:

“Hay hombres sin pecado, – existen; – pero no son esos los que tiran piedras a los pecadores”.

. . . O en la página inolvidable que aparece en “Fermentario” y que lleva el título “Juicios Morales”.

Esta acción de Vaz Ferreira, inspirada siempre en la profunda vigilancia del pensamiento y de la sensibilidad, nos ha enseñado la verdad de una de sus afirmaciones: “Hay otra antítesis, – dice – para la opinión corriente, o sea la antítesis entre pensamiento y acción”.

“Suele hablarse de hombres de pensamiento y de hombres de acción. Más que antítesis es clase y grado. Los hombres de pensamiento son también hombres de acción; sólo que de mucha más acción. . .”

Estos conceptos vivos, la afirmación de estas relaciones naturales y tan poco vistas entre la Razón, la Sensibilidad, la Moral, la Acción; la propia actitud, la propia vida informada por esos principios, significan el aporte fundamental de Carlos Vaz Ferreira a la cultura de nuestro país. Y este aporte aparece con claridad en el acento de los exponentes más fieles de esa cultura.

Hay, además, su estilo, su obra literaria y filosófica, aporte también originalísimo, en que además de la riqueza de las ideas y el proceso de pensamiento del gran filósofo nos encontramos con un tono personalísimo particularmente singular, si lo consideramos en sí mismo y además en relación con el momento en que aparecieron estas obras. Nada de convencional en este lenguaje, nada inerte, nada vacío, nada retórico.

Dice el mismo Vaz Ferreira: “El sentimiento calienta el estilo y puede permitirle contener más pensamiento sin perder su limpidez”.

Estudiando su obra, pueden encontrarse en toda ella, en su sintaxis tan particular, algo semejante a los ejes de composición musical; y muchas veces, leyéndolo, se piensa que hay en su lenguaje **algo semejante** a ese “sistema interior de los grandes músicos y los grandes místicos”, que un crítico sutil anotaba a propósito de la poesía de Mallarmé.

Estas obras singulares en medio de la producción literaria de Hispano América dan a nuestra Literatura una nota nueva, valiosísima, cuyo valor esencial se relaciona con aquel estremecedor momento de un libro de Rilke: “Lo que importa es la sangre: y eso es lo que hay que saber leer. . .”

Y ahora, desde estos libros, y desde esta afirmación de Rilke, otra vez la gran lección didáctica, la gran lección fundamental para nuestra Cultura; esa unidad funcional entre la vida, la obra, la acción, la presencia de Vaz Ferreira. (Una unidad emocionante que también hace pensar en el orden interior de los Grandes Músicos, y los grandes místicos).

La trascendencia de esta Acción es muy difícil de percibir y situar: aún no ha comenzado a estudiarse detalladamente – en cuanto es posible – la relación profunda, vivísima, de la obra de Vaz Ferreira con la Cultura Uruguaya, relación que naturalmente está mucho más allá de la que habitualmente se encuentra, cuando se la busca groseramente, sin inteligencia, en la repetición de sus expresiones como fórmulas o en la imitación subconsciente de su estilo inimitable – **o cuando se cree que un ser de tan maravillosa libertad y tan profundas calidades puede hacer “escuela” en el sentido estricto de la palabra** –. Y lo ha dicho él mismo con dolor: “Hay maestros que dejan a sus alumnos, alumnos para toda la vida”.

La obra de Vaz Ferreira ha tenido seguramente su acción, inmensa, a veces directa, a veces escondida, manifestada a través de expresiones distantes de las de origen pero fieles a ellas y según el verdadero sentido fermental, germinador, creador, que él considera como legítimo y fecundo. Sentimos que él nos ha abierto anchas

puertas a la visión del mundo en profundidad, que por su acción nos ha sido posible recibir lo que nos legó, sentir bien otras influencias fundamentales; que él nos ha enseñado lo que es la **calidad** en los seres y las cosas; que seguramente es nuestra gran fuerza escondida; que nos ha defendido y defenderá siempre contra falacias y malos sistemas; que nos ha enseñado y nos enseñará siempre la hondura de aquello que el poeta definió como diferencia “**entre la vacilación sin fuego y la duda heroica, entre la anulación dulce y la desgarradora esperanza**”.

En este mismo ámbito en que tantas veces lo oímos decir cosas extraordinarias, en que tantas veces le vimos pasear sus emocionante mirada por las caras atentas de los oyentes fieles, quede hoy esta afirmación de la influencia fundamental de Carlos Vaz Ferreira sobre la cultura del Uruguay. Y sea éste un llamado a que formemos conciencia de este hecho, para conocernos mejor, para ser fieles a este origen, para desenvolver con lucidez y voluntad heroica todo lo que desde la obra de este Maestro se nos ha dado con generosidad emocionante, saber profundo y gracia inolvidable.

10 de Setiembre de 1943.